

achaques de modificarse el nombre (aunque sea la mudanza tan inocente y corta como la sustitución de una consonante por otra) padecieron siempre los caballeros andantes. Y una mañana, con el alba, tal que Alonso Quijano, abandonó la casa de su madre y se vino a Madrid al encuentro de las aventuras. Traía por adarga su corazón de niño; por lanza, la pluma, poco diestra todavía; los ensueños provincianos, por Rocinante. Y, lo mismo también que Don Quijote, olvidó los dineros y las camisas. Y fué preciso que Madrid, haciéndolo oficio de ventero, se lo advirtiera al poeta.

En aquellos días erizados de contratiempos conocí a Bóveda, que trabajaba de tipógrafo no lejos de la estación del Norte. Me interesaron sus ojos inquietos, su melena y su pipa. Me recitó versos, un poco inflamados y un mucho envenenados por la literatura malsana de Carrère. Pero dentro de aquella caja celta había un cerebro de poeta.

La bribia literatizante, los sacristanes del milagro, los cantores de la luna y la media tostada, toda la pillearía cortesana que tarde y noche se congregaba en «Varela», sentía admiración por el «joven galaico», como despectivamente decían a Xavier. Y no eran sus versos lo que admiraban: era la vida honesta, recoleta, de renunciación y de trabajo de aquel galleguito humilde, y que, después de manejar el componedor ocho horas consecutivas, se robaba el descanso y escribía «Las cartas que tú tienes», y lloraba a «Blanca Rosa», y se amedrentaba y se sentía morir ante el desfile de «La santa campaña». No, no eran los versos de Bóveda lo que admiraban los vagos del «Varela», sino las manos del tipógrafo, sucias de plomo, que no se rendían jamás.

* *

Bóveda pasó muchos días sin pan y sin albergue. Se le encontraba, en las altas horas de la noche, vagando como un loco trágico por la Puerta del Sol. Tenía los ojos encendidos de fiebre; las manos, hundidas en los bolsillos, y clavado en el pecho el mentón agudo, tal que una faca generosa y tenaz que le buscara el corazón. ¡Cuántas mañanas vimos nacer la aurora y llegar, con la aurora, esos hombres terribles que riegan la coronada villa y arrastran al sumidero con las escobas ásperas y planas la basura que se depositó durante la noche.

¡Oh, la crueldad de esos hombres que mojan las calles de Madrid todas las madrugadas, y nos ensucian de lodo nuestros pobrísimos atavíos, y nos encharcan los doloridos pies, y nos arrojan de la acera, apuntándonos

con la manga de riego, como a los perros vagabundos!

Dolorida la carne y el espíritu ya sin bríos, regresó nuestro Xavier a su pueblo, después de esta primera salida, si no a lomos de un mal rocín, arrastrado por un mixto cansino, de menos andadura. Y más desgraciado que Don Quijote, ni siquiera le acompañaba la fidelidad de Sancho, sino la vara implacable y austera de Pedro Recio.

Sin embargo, allá, en Orense, en la casita humilde y familiar, detrás de la vidriera, un rostro, más enjuto y más quebrado de color y más triste cada vez, asoma todos los días, a todas las horas, por si llega el ausente. Se nota en el venerable rostro las huellas encendidas del llanto; pero los ojos de la viejecita ya no tienen agua que derramar: son como dos ascuas vivas en

la ceniza; más rojos y brillantes aún que la flor del geráneo solitario que se cría junto a la vidriera, en un puchero roto...

Y cuando llega el perdido Xavier, los brazos trémulos de la madre lo oprimen contra los pechos, ya vacíos, que lo amamantaron, y sus labios descoloridos besan y besan ansiosamente, sin causarse, la frente ancha del poeta, y se alumbran otra vez las dos fuentes de los ojos y se van derramando en silencio sobre el hijo recuperado... Xavier llora también, hipa, trema y quiere decir algo, y no puede. Y esto que quiere decir a la madre, y no le dice, estas palabras que se le amarran a la garganta y no pueden salir..., son sus mejores versos.

PEDRO LUIS DE GALVEZ

(La Libertad, Madrid).

La semana útil

La semana "promocional" de salud

EN nuestra República las fiestas nacionales suelen tomarnos desprevenidos. Cualquiera olvido del calendario patriótico puede ocasionar tropiezos. En tal día nos levantamos con premura para arreglar un negocio urgente, y la bandera nacionalizada nos advierte del cierre de despachos, por celebrarse la vida o la muerte de algún benemérito, un triunfo, un *plan*, una ceremonia cívica... Si no es que se trate de una religiosa, sin bandera.

Esos paréntesis abiertos en la ordinaria secuela vital, merecerán elogio cuando se les disponga para que sean algo más que un reposo estéril. Es, sin duda, lo que ha pensado el Gobernador de Illinois, Len Small, quien, desde su entrada en funciones, procuró que cada año se dedicasen algunos días a excitativas y propagandas en materia de Higiene. El año de 1921, subsecuente a los tres en que se inició la idea con algunos días de enseñanza sobre precauciones para evitar enfermedades, se notó desde luego una disminución de las trasmisibles según este cuadro comparativo hecho conforme a registros del Departamento de Salubridad Pública:

Casos de enfermedades trasmisibles:
1920, 348,000; 1921, 180,000.

La cifra menor corresponde a un 50 por ciento de disminución, fruto de las enseñanzas científicas modernas y la difusión de la instrucción en el pueblo. Paralelamente la mortalidad decreció (entre 1920 y 1921) de 12 y medio por mil a 11 por mil. Sobre esta base de éxito el Gobernador Small de-

cidó instituir en el curso del año de 1922 «la semana de excitativas para la Higiene» (*Health Promotion Week*) conforme al decreto expedido en la ciudad de Springfield, asiento de los altos poderes locales, el día 13 de marzo de dicho año. «Yo sugiero, manifiesta el texto resolutivo del Gobierno, que los oficiales locales de Salubridad, jefes de organizaciones y simples ciudadanos se comuniquen libremente con el Director de Salubridad Pública para la observancia general y entusiasta de estos siete días de la *Health Promotion Week* (del domingo 7 de mayo al sábado 13 1922)».

Sigue la ordenación de los días: Domingo. Predicación en los templos. La Higiene como deber religioso. Citaciones bíblicas. Preceptos higiénicos de Moisés. Desarrollo; aplicación a las sociedades modernas.

Lunes: Registro de nacimientos. Propaganda sobre la necesidad social de hacerlo, sin que esto signifique la obligación absoluta de padre y madre de revelar secretos sobre la ilegitimidad. Se trata solamente de que la Dirección de Salud Pública pueda combatir la enorme mortalidad en los primeros días de la vida; se requiere llevar cuenta exacta de los futuros ciudadanos a cuya formación tiene el Estado que cooperar con la familia.

Por el estilo fueron siguiendo los días, dedicado cada uno a diversas atenciones sanitarias, hasta llegar al último, sábado 13, día de la limpia y de la pintura (*clean up and paint up day*) en que todas las familias, casas